

La Soledad Sin Valentina

En cada viaje que se hace en soledad, existe una constante y puede ser escogida y aprovechada por uno mismo. Si no se piensa en ella o no se elige, aun así existe la desdichada. Puede ser variable o constante, es decir, una constante, constante, que no sería redundante. En este caso dicha desdichada prometía ser mi soledad.

A Valentina la tenía que dejar por obligación después de todo lo que habíamos vivido; era tan difícil viéndola así de guapa, llamativa, deslumbrante, espléndida y haciendo gala de su conocido porte. La tenía que dejar por obligación a mis propios principios y no pasarían menos que décadas hasta que volviera a verla; por una suerte desgraciada (más no por sorpresa) sólo miraría los restos de Valentina. Esa Valentina que se conformaría exclusivamente de los suspiros que deja el viento; de las tiernas miradas de la vejez, que es una segunda infancia, y que esconde todas las maldades de una vida entera.

Por supuesto, ella estaría frente a lo que quedará de mí: una versión del “yo” que en este instante no quiero imaginar. Lo nuestro había sido un terremoto altanero y trepidante que convirtiese todo en arenas movedizas. Había empezado con la calma que precede a las cosas inesperadas; por favor no confundir con la calma que precede a la tormenta. Ahora la calma que vivía era tan semejante a aquella, que sentí un miedo grande y placentero. Decidí, para cerrar el viejo ciclo, comenzar el nuevo sin dilación ni pretextos, asumiendo que sería no sólo la última oportunidad de hacerlo, sino el último momento que verdaderamente compartiría con ella; nuestros restos, de seguro, poco iban a querer compartir.

“Así comienzo -le escribí-, paisano aún en las tierras lejanas gracias a tu recuerdo. Aquí voy como viajando y como pensando un poco en ti; como en las nubes volando. Las mariposas de mi estómago quieren quedarse abajo. Estoy rodeado de mucha gente pero a la vez estoy solo y aún así, mi sonrisa es clara mientras te escribo con tinta negra. No es mi imaginación: al ritmo de mis palabras aumenta la turbulencia.

Hace ya rato que suena esa voz maternal que me da útiles consejos de supervivencia para aquellos momentos en que, seguramente, nadie sobrevivirá si suceden. Seguro que eres tú detrás del micrófono; el argumento me recuerda tanto al momento en que me dijiste que todo había terminado, cuando mi salvavidas fue tu explicación de un impacto fatal del que no hubo sobrevivientes.

Después me ofrecerás de comer y de beber, y no sabré si estoy asistiendo a una versión de la última cena en la que cada uno cuenta con su propia mesa y no la comparte, o simplemente a un ritual que pretende convencernos de que nos estamos alimentando. Me preguntas qué tomo y

te contesto que nada. Me miras sorprendida ¿qué harás con el plato que sobre?

Arriba de mi cabeza sólo hay aire y adentro estás pasando tú, igual que el aire, pero con tu aroma característico. ¿Dices que sea esto un sueño o una realidad, existen seis salidas de emergencia disponibles? Prefiero no usarlas y llegar a mi destino aunque sea muerto por ahogo, despedazamiento, infarto por el susto, o cualquier motivo.

No deja de ser curioso que todos estemos viendo hacia adelante donde nada en realidad sucede, como si nos aferráramos a comprobar que de todos el destino es el mismo. Hay algo de parecido con las iglesias, pero no únicamente por la ubicación y posición de la concurrencia, sino porque te transportan a los cielos. Además aporta algo en común a mí y a todos quienes están a mi alrededor, y es que creemos que algo o alguien nos guía y tiene los controles aunque no podamos verlo. Es decir, nos une la fe.

A veces mi fe se va transformando hasta convertirse en una cosa más parecida a la esperanza de que vuelvas a aparecer por el pasillo, tú, mi azafata de la guarda. Con el hecho de que estés en las nubes ya me siento acompañado. Escucho que me ordenas ponerme el cinturón de seguridad y permanecer erguido, evitando emitir campos electromagnéticos o señales de onda que confundan nuestra trayectoria. Justo ahora que se acerca la parte más difícil de la historia en la que debo decidir qué hacer para poder estar sin ti: Despertar o aterrizar.”

Una vez aterrizado el hecho, realicé varias copias del texto y lo escondí cuidadosamente en muy diversos lugares, con la única característica en común, de ser sitios donde Valentina nunca pudiera encontrarlos. No por habérselo escrito era mi intención que lo leyera, pues no se trataba de un reclamo o recordatorio; tampoco de un intento soluble en lágrimas, de reconciliación.

Era esta escritura un paramento dónde apaciguar al monstruo que, desesperado, quería tomar fragmentos de Valentina para irlos escondiendo uno en cada carta. Una vez que estuvo domesticado fui con la última copia que me quedaba, a la casa de su madre y así leerla en voz alta. La señora había muerto hacía años y la casa estaba intacta desde el día en que cayera sin vida sobre la maceta que pensaba regalar de cumpleaños a su Valentina. Es inútil mencionar que fue cuando murió también la flor de la maceta, aún cuando su enorme belleza prometía ser eterna. Una hermosura aplastante que fue aplastada; que no aguantó el peso de ver morir a su criadora.

Cada año Valentina iba a visitar la casa de su madre para recordarla, y con morbosidad, ver la maceta rota. Como dije, querido lector, todo estaba igual salvo dos afortunadas excepciones: ya no estaba la flor y ya no estaba el cuerpo de la madre de Valentina. Podría decirse que volvían a estar una vez al año exactamente en ese día, a través de los recuerdos que

Valentina proyectaba sobre el escenario ya tan conocido. Podría decirse pero no se decía, porque sería algo un tanto cuanto cursi para la ocasión, que más exigía respeto y silencio.

Ahora yo estaba ahí y leí mis palabras con tal fuerza que surtieron el efecto que quería darles, pues no serían leídas por Valentina, pero tampoco mi intención era que pasaran como inexistentes. A la mañana siguiente Valentina pudo escucharlas claramente, eso es obvio, pero gracias a que conocía tan bien el panorama, cualquier cosa diferente llamaría su atención, era muy notorio para ella. Nunca antes hubo un elemento extraño y ahora estaban mis palabras.

Espero haber sido tan claro como para que nadie interprete mi posible presencia en el sitio, ni siquiera oculto, y quiero aclarar que lo que relato son simples conjeturas que disfruto de experimentar. No sé qué les habrá hecho a mis palabras; cuando menos yo me deshice de ellas.

La olvidé entonces y por eso ahora viajo solo nuevamente; una cosa es viajar solo, y otra, viajar libre sin Valentina en mis pensamientos. ¿Qué todo esto a dado vueltas alrededor de ella? ¿Que cómo me atrevo a decir que soy libre de ella si no he dejado de hablar de su persona? Bueno, aquí es donde les toca ser algo crédulos: la prueba es que no se llamaba Valentina, es un nombre que escogí porque el verdadero ya no lo recuerdo.

Fernando Helguera
2008